

Un día, Arlt descubre que ama la música –a la que encuentra afinidad con la química y las matemáticas– y comienza a estudiar piano. Adquiere uno, pero en sus constantes mudanzas, y antes de cerrar trato con la nueva dueña, Arlt aclara:

–Vea, señora, tengo un pianito.

–¿Y?

–Nada, un pianito, ¿sabe?

–Bueno, tráigalo, no hay inconveniente.

Pero luego resulta que el tal pianito suena... a las cuatro de la madrugada. Y la dueña los manda con la música a otra parte⁴⁴. Sólo de la pensión de la calle Pampa, entre Vidal y Moldes, Roberto y Elizabeth se fueron por decisión propia. En lugar de traerles la comida a la pieza debían bajar al comedor cuando sonaba un gong que había pertenecido al ministro Knud Aage Monrad Hansen: la aristocrática casona había sido legación de Dinamarca. Eso no les gustó y se fueron en cuanto se cumplió el mes que habían pagado en anticipo⁴⁵.

Arlt viaja a Córdoba durante la primera quincena de julio de 1942 para visitar a su madre y su hija. «En cuanto lo vi llegar –relató Mirta a la revista *Primera Plana*– corrí a comprarle ropa de lana, para que se abrigase. Estaba mal vestido, cansado, parecía no importarle el frío tremendo de la sierra»⁴⁶. La casa de Vecha había sido construida con los pesos que Roberto le envió a su madre desde que empezó a trabajar y con los ahorros de Lila, directora de una escuela en el pueblo de Ausonia. Aquella vez, Arlt llevó a Córdoba el manuscrito de su nueva obra *El desierto entra a la ciudad*. Ya la había leído en el Teatro del Pueblo, donde había gustado, pero Roberto coincidía con Barletta en que faltaba arreglar el final. «Una mitad estaba escrita a máquina y otra a mano. Le gustaba escribir a mano, acostado y escuchando música», recuerda Mirta.

Durante las dos semanas que pasó en Cosquín, Roberto y Mirta pasearon por las calles dormidas del pueblo, conversando. Él quería escapar de las agobiantes recriminaciones de Vecha que clamaba por el regreso de Roberto a la fe católica y le anticipaba que, si no se convertía, lo esperaba una muerte próxima.

Mirta: «Nosotros... inventábamos cualquier pretexto para irnos fuera de la casa». Hizo mucho frío aquel invierno en Córdoba. Padre e hija se refugiaban en un viejo café vecino a la iglesia. Él alternaba largos períodos de silencio con estallidos de entusiasmo. «Nuestras caminatas se iniciaban

⁴⁴ Larra: ob. cit.

⁴⁵ Larra: ob. cit. *También, conversación con el autor, 1999.*

⁴⁶ Aniversarios, *Primera Plana, Buenos Aires, 1 de agosto de 1967.*

temprano, luego de tomar un café con ginebra. El perro de un vecino se aficionó a nosotros y nos seguía continuamente; entonces él agregaba a las ginebras un café con leche 'para el amigo'... Y yo le contaba mis nuevos descubrimientos en el mundo de la filosofía y la literatura y él me escuchaba sonriendo, sin decir nada».

Él le hablaba de sus esperanzas renovadas de que el invento de las medias esta vez saliera adelante y de su fe en que la nueva pieza teatral iba a ser finalmente la obra que le reportara ese éxito que sentía esquivo. «Después tornaba a quedarse silencioso». Mirta sentía que debía romper ese silencio, que él esperaba sus palabras. Pero era él quien hablaba: «Tenés que recibirte. Es urgente. Necesito tener una casa para quietarme, para tener una vida regular, sin problemas».

Llegó el momento de la despedida. Vecha se quedó en la puerta, mirando cómo la alta figura, con las espaldas cargadas, con su sobretodo hasta los pies, con el sombrero que le ocultaba la cabellera enmarañada cada vez más gris, se alejaba hacia la estación acompañado de la muchacha delgada ya casi tan alta como él. Mirta volvió la vista sólo una vez: la anciana lloraba. Luego miró a su padre y le pareció entrever, bajo el ala baja, los ojos anegados en lágrimas. Mirta y Roberto se abrazaron muy fuerte antes de que él trepara al vagón.

La mañana del sábado 25 de julio de 1942, Elizabeth ya se ha ido a Haynes cuando él despierta al mediodía. Roberto recuerda la conversación que han tenido la noche anterior, sobre el hijo que esperan. Si es varón, él quisiera llamarlo Lito. Si es mujer, Gema, que Roberto pronunciaba Yema; a Elizabeth ese nombre no le gustaba⁴⁷. A la tarde, ella no trabaja, irá a ver a su madre. Él desayuna en la cama y se va al diario. Termina su artículo (¡sería su último artículo...!). Como con León Bouché en el restaurante *Napoleón* de Rivadavia y Boedo. El director de *El Hogar* sostiene que un rato después, Arlt volvió a bajar para repetir un plato⁴⁸. Llega a tiempo para la función vermouthe del Teatro del Pueblo. Aunque es una obra que ya ha visto varias veces (*La Mandrágora* de Maquiavelo) le fascina presenciar la faena de los actores. Luego camina desde Corrientes 1530 (el Teatro del Pueblo funcionaba entonces donde hoy está el San Martín) hasta Rodríguez Peña 80, la sede del Círculo de la Prensa, donde se vota para renovar autoridades. Allí se encuentra con muchos amigos, entre ellos César Tiempo.

⁴⁷ Perrone: ob. cit.

⁴⁸ Ferrer, Horacio y Sáez Germain, Alejandro: Roberto Arlt, un argentino que usted debe conocer, Gente, Buenos Aires, 6 de febrero de 1969.

El autor de *Pan criollo* lo abraza. Roberto le dice:

—¿Te acordás de la historia del tercer ojo que le conté a los malandras de tu lechería?⁴⁹. La inventé en ese momento pero después resultó que las cosas eran tal cual las había inventado y el tercer ojo no me deja dormir desde aquella noche. He visto cosas increíbles, monstruosas, indescriptibles como ese Maelstrom de Edgar Allan Poe que todo lo arrastra hacia su vórtice. Las escribí todas para sacármelas de aquí... —y se señalaba la frente. Y ahora tengo miedo de ver en el enorme vacío donde atisba el más allá esa mirada aterradora capaz de vaciarnos el alma y a la que es imposible oponer la simple mirada de nuestros ojos humanos...».

«Hablamos —sigue relatando César Tiempo— de sus experiencias en las minas de Bilbao y de la alegría fervorosa de las tertulias madrileñas, de tantas caminatas y conversaciones...» César Tiempo y Roberto Arlt se despiden con un juego habitual en ellos: intercambian frases hechas a modo de exhortaciones:

- ¡Cuidado con la tristeza! ¡Es un vicio!
- ¡Ganemos la batalla por prepotencia de trabajo!
- ¡La solemnidad es la dicha de los imbéciles!
- ¡Asistimos al crepúsculo de la piedad en el peor de los mundos posibles!
- ¡No aflojemos!»⁵⁰.

De pronto, Roberto se ha sentido muy cansado. Saluda a todos. Está contento de haber acudido al Círculo, que frecuenta poco; advierte cuánta gente lo quiere. Mientras camina hasta la parada del tranvía, compra uno de los primeros ejemplares del diario del domingo.

Elizabeth ha relatado así lo sucedido el domingo 26 de julio en la pensión de la calle Olazábal: «Dormíamos y a eso de las nueve entró la chica trayéndonos el desayuno. Roberto y yo siempre dejábamos que se nos enfriara el café en la bandeja. Ese día, una vez despiertos, nos pusimos a conversar. Me contó que la noche anterior había estado en el Círculo... Como tres meses después iba a nacer nuestro hijo, me contó que había averiguado por los servicios médicos que tenía la institución: disponíamos del Anchorena. Debe ser un sanatorio importante, me dijo, porque tiene muchos teléfonos. Los últimos minutos de su vida los dedicó a pensar en el hijo que iba a llegar. Yo estaba de espaldas a él, mirando hacia la pared.

⁴⁹ *Tiempo, César: Protagonistas*, Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1954. El autor habla en este libro de una conversación de la que fue testigo, producida en una lechería que frecuentaba, propiedad del conocido autor de tangos Angel Greco, situada en Entre Ríos y Cochabamba. Allí Arlt, ante un grupo de «malandras» contó su teoría del «tercer ojo», una «especie de detector que permite ver lo que los ojos no alcanzan a ver ni adivinar».

⁵⁰ *Tiempo, César: El Día*, ob. cit.